

La lingüística y la enseñanza de la lengua materna

Por Antonio QUILIS MORALES

Antonio Quilis, catedrático de Historia de la Lengua Española de las Universidades de Sevilla y Valladolid, dirige actualmente el Departamento de Filología de la Universidad Nacional de Educación a Distancia y el Departamento del Consejo de Fonética Experimental del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Es colaborador del Centre de Philologie Romano de la Universidad de Estrasburgo y presidente de la Sociedad Española de Lingüística. Asistiendo a congresos, dan-

do conferencias o impartiendo cursos como profesor visitante ha recorrido gran parte de Europa y todo el continente americano. Su obra científica (once libros y cerca del centenar de artículos) se centra en los problemas actuales de la lengua española, que alcanzan no sólo a su aspecto teórico, sino también a fenómenos americanos, filipinos o peninsulares, en los de la Historia de nuestra Lengua y en la Lingüística general.

Todos conocemos el vertiginoso avance de la investigación lingüística en lo que va de siglo y el cambio profundo que ello ha originado en todos los órdenes atingentes a esta disciplina, empezando por su mismo concepto y contenido.

La lingüística se define como «el estudio científico del lenguaje o de las lenguas». Esta definición comporta dos aspectos que se complementan: por un lado, el estudio de las lenguas particulares, como fin en ellas mismas, con el objeto de realizar su descripción exacta y exhaustiva; por otro lado, las consecuencias que se derivan de este estudio, al obtener de él la información necesaria para captar la naturaleza del lenguaje en general. Además, la definición subraya el adjetivo «científico» haciéndolo privativo de la época actual, a partir del estructuralismo, y aún dentro de ella, con matices. Esto es una verdad, pero una verdad relativa: cada época ha concebido la ciencia de acuerdo con sus presupuestos filosóficos —en el amplio sentido etimológico— que señalan la conducta social.

La inquietud por las cuestiones del lenguaje aparece en el mundo desde la más remota antigüedad. Esta inquietud se refleja en unas civilizacio-

nes y en unos momentos bajo una forma mítica, utilizando el poder de la lengua en función de la magia o de la religión; en otras, la existencia de estudios centrados en la misma lengua era la consecuencia de un interés puramente filosófico (griegos), de exégesis (recordemos a Aristarco y otros comentadores de Homero empeñados, por motivos políticos y estéticos, en transmitir intactos para la posteridad los poemas homéricos, o los primeros gramáticos de la India con el mismo interés por sus libros sagrados, o los romanos por comentar sus autores latinos), político (la regularización de la lengua latina en el Imperio Romano, etc. Este interés lingüístico se mantiene en Europa durante toda la Edad Media, el Renacimiento y llega hasta el siglo XIX, donde con la lingüística histórica comienza una nueva etapa. De la época de las curiosidades lingüísticas y de la erudición se pasa a la etapa de la ciencia, anunciada ya en 1806 por Mercier en una **Lettre sur la possibilité de faire de la grammaire un art-science aussi certains dans ses principes, aussi rigoureux dans ses démonstrations, que les arts-sciences physicomathématiques.** Pero, desde nuestra actual perspec-

tiva, aunque los estudios sobre cuestiones del lenguaje hayan estado presentes de un modo u otro en todas las épocas y aunque seamos los grandes deudores de las concepciones lingüísticas anteriores, hay una diferencia fundamental en la forma de concebir la lingüística entre ayer y hoy. Y esta diferencia reside —en opinión de los lingüistas contemporáneos— en el término «científico»; los estudios antiguos no eran científicos, en el sentido de que carecían de las características que hoy pensamos que debe poseer una ciencia: ser empírica, exacta, objetiva y lógicamente, ser ella misma su propio fin: antes la lingüística carecía de autonomía; estaba al servicio de otras disciplinas como la filosofía, la lógica, la retórica, la historia de la literatura o la crítica literaria.

Esta lingüística, que de un modo general se denomina lingüística estructural ha sentado una serie de principios básicos que conviene recordar sucintamente (1):

1. **La lingüística es descriptiva:** se limita a realizar la descripción de

(1) A. Quilis, C. Hernández y V. G. de la Concha: *Lengua española*, Valladolid, 1974, págs. 9-32.

una lengua, es decir, a describir cómo hablan o escriben los hombres, a diferencia de los estudios lingüísticos anteriores que eran fundamentalmente normativos: prescribían cómo se debería hablar o escribir, considerando como incorrecto todo lo que no se ajustase a las normas preestablecidas subjetivamente por ella. Al ser descriptiva, la lingüística se aplica por igual al estudio de cualquier lengua.

2. **La lingüística da prioridad a la descripción sincrónica**, considerando la diacronía como el paso de un estado de lengua a otro, es decir, con diferentes cortes sincrónicos.

3. **El lenguaje se concibe como la conjunción de la lengua** (modelo general y constante para todos los miembros de una colectividad lingüística) y **el habla** (materialización de ese modelo en cada miembro de la colectividad lingüística). Distinguir estos dos planos supone tanto como diferenciar la multitud de realizaciones individuales, orales o escritas, de las leyes generales que las rigen.

4. **El lenguaje es ante todo un fenómeno oral**. Para los gramáticos tradicionales, la forma escrita y literaria de una lengua es mejor que su forma oral, y la gramática fundada sobre ella también es la mejor. Pero la lingüística descriptiva ha puesto de relieve que en la complejidad del lenguaje la vertiente literaria no lo es todo, ya que ésta es, según Vendryes, como «la capa de hielo que se forma en la superficie del río», debajo de la cual fluye el lenguaje en su forma más espontánea, más frecuente, más común: la oral.

La lingüística actual no desdeña la lengua escrita, como la tradicional arrinconaba la hablada, pero da más importancia a esta última, porque: a) genéticamente, la lengua hablada es anterior a la escrita; b) la lengua escrita es una conformación de la lengua hablada, que se configura artísticamente en la lengua escrita literaria; c) la lengua escrita pierde elementos que posee la lengua hablada: las variaciones significativas de tono, de acento, los valores expresivos, que difícilmente se pueden transcribir con los signos ortográficos, y todo el lenguaje gestual que acompaña al acto de habla.

Las diferencias entre lengua hablada y lengua escrita son muy importantes. El estudio de las dos es

necesario. Por otra parte, la forma escrita es un fuerte nexo de unión en una lengua, nexo que evita su desmembración.

5. **El lenguaje es un fenómeno social**. Debe ser concebida esencialmente como un medio de comunicación entre los hombres.

6. **El lenguaje es un sistema de signos**, previamente convenidos por los miembros de la comunidad lingüística, codificados en una lengua determinada.

7. **La lengua es una forma, no una sustancia**.

8. **La lengua es una estructura**, de ahí que **en ella todo es función**: cualquier unidad de la lengua es unidad de la misma sólo si cumple una función diferencial. La prueba de la funcionalidad se realiza mediante la conmutación o sustitución de una unidad por otra u otras.

9. **La lengua es un sistema de contrastes**. Las unidades funcionales existen como unidades que forman contrastes, como unidades opositivas: es decir, tienen algo en común y algo diferencial. Lo que es distinto entre dos unidades funcionales, las diferencias mínimas que existen son los rasgos distintivos, y una unidad funcional puede analizarse sin residuos en rasgos distintivos, en aquello por lo que es una unidad diferente a las demás.

10. **El lenguaje es un sistema de sistemas**. Las unidades funcionales suelen formar sistemas, es decir, las mismas oposiciones se repiten varias veces para varias unidades y un número determinado de rasgos distintivos organiza varios grupos de unidades. Estos pequeños sistemas originan sistemas más grandes: el sistema fonológico, el gramatical, el semántico, y el conjunto de todos estos sistemas, el gran sistema de la lengua.

A la vista de estos principios que, a nuestro modo de ver, son los más esenciales, fácilmente se pueden deducir las diferencias entre la lingüística estructural y la tradicional.

Pero la investigación lingüística no se ha detenido en el estructuralismo, ha ido más allá, intentando explicar la facultad que tiene el hablante para emitir e interpretar frases nuevas y para rechazar determinadas secuencias, que considera como agramaticales, sobre la base de una experiencia limitada (2)

Tanto la llamada lingüística tradicional, como la estructural se limitan, cada una con sus objetivos y sus métodos diferentes, a clasificar los hechos de la lengua, sin llegar, como pretende la nueva gramática generativo-transformativa a enunciar un conjunto finito de reglas capaces de engendrar todas las frases fundamentales (**kernel-sentences**) de una lengua dada (reglas sintagmáticas) y otro conjunto finito de reglas de transformación que permiten engendrar todas las frases gramaticales derivadas de una lengua dada.

Como puede desprenderse de lo enumerado sucintamente más arriba es impresionante el avance dado a la lingüística en estos últimos años y, por otro lado, la importancia que ha adquirido esta disciplina en el momento actual, tanto por el desarrollo de su metodología como por el cúmulo de relaciones interdisciplinarias en las que se ve sumida.

Ahora podemos preguntarnos por la repercusión que toda esta teoría tan exacta y finamente elaborada ha tenido en la enseñanza de las lenguas y la respuesta no es muy alentadora, aunque tampoco totalmente negativa. Merece la pena que nos detengamos por un momento en este punto.

En primer lugar, hay que tener presente que en nuestra disciplina, como en cualquier otra, se produce siempre un desfase entre la teoría y su aplicación. Este desfase ha sido aún más agudo en la lingüística actual a causa de la sucesión de distintas teorías que, si bien puntualizaban y mejoraban los estudios anteriores, no dejaban el suficiente reposo para su aplicación exhaustiva. Conocida es la frecuente acusación de los gramáticos tradicionales a los estructuralistas: éstos siempre decían cómo había que escribir la gramática de una lengua dada, pero no escribían ninguna. El tiempo va pasando y las distintas teorías van dejando su poso.

En segundo lugar, es necesario distinguir entre la enseñanza de la segunda lengua y la enseñanza de la lengua materna. En la comparación, ésta sale tremendamente perjudicada. Durante los años de la Segunda Guerra Mundial y los siguientes, en los

(2) N. Chomsky: «Trois modèles de description du langage». *Langages*, 9, 1968, pág. 52.

Estados Unidos, se inicia, por motivos estratégicos y políticos, con el Army Specialized Language Program primero, y se desarrolla luego por medio de otros programas similares, una amplia investigación para la enseñanza rápida y eficaz de segundas lenguas. La aparición de la nueva metodología para la adquisición de otras lenguas es posible, en primer lugar, por el desarrollo que había alcanzado ya en esa época la lingüística estructural y por centrarse en un cruce interdisciplinario, siempre fecundo, donde lingüistas, pedagogos y psicólogos trabajaron por conseguir un mismo objetivo. Pronto esta nueva (por su contenido y método, no por su cronología) rama de la lingüística cobraría carta de naturaleza bajo el nombre de lingüística aplicada. Aparte de las razones prácticas antes aludidas para el desarrollo de esta didáctica de las segundas lenguas, hay un hecho incuestionable: el individuo aprende su lengua materna por él mismo, mientras que una segunda lengua requiere un esfuerzo consciente y una enseñanza sistemática.

De ahí que, mientras que en la lingüística aplicada se ha volcado todo el bagaje de los más recientes hallazgos de la investigación lingüística, en la clase de la lengua materna se han seguido desarrollando las nebulosas definiciones gramaticales y las reglas llenas de excepciones a sus excepciones. Es la diferencia en el tratamiento de lo que se intenta adquirir como nuevo, y que como tal hay que hacerlo lo más asequible, exacto y eficaz, y lo que se cree que ya posee el individuo y que sólo resta darle una explicación lógica para que engarce en la ordenación de su razonamiento; y lamentablemente nada más lejano a la realidad. En nuestra opinión, muchos de los logros de la lingüística aplicada podrían tener una consecuencia inmediata en la enseñanza de la primera lengua.

Como es lógico, el progreso de la teoría lingüística va repercutiendo poco a poco en la metodología de la enseñanza de la lengua materna con el objeto de hacerla más eficaz.

Una de las primeras aportaciones de la lingüística actual se refleja, como dice A. Rigault, «en el cambio de las ideas que se podían tener sobre la misma naturaleza del lenguaje» (3). Compárense los principios enunciados más arriba con el modo opera-

tivo de los estudios tradicionales del lenguaje.

Hoy, por influencia de la teoría de la comunicación, decimos que todo lo que comunica un mensaje bajo la forma de un determinado código es una lengua. De este modo, la música, las matemáticas, las señales de tráfico, la pintura, y el medio que utilizan dos individuos para comunicarse, hablando o escribiendo, son lenguas. Pero la lengua que utiliza el hombre para comunicarse en su medio social es lo que llamamos una **lengua natural**, mientras que las demás no lo son. Según Hjelmslev, «la lengua natural es una lengua en la que todas las otras lenguas se dejan traducir», contrastando su universalismo con el particularismo de las lenguas no naturales. Si la lengua natural es en nuestro caso la lengua materna, su necesidad vital es indiscutible. No en vano afirmaba B. L. Whorf que el sistema lingüístico de cada lengua «constituye un programa y una guía para la actividad mental del individuo, para el análisis de sus impresiones, para la síntesis de su fondo interior». Sobre la importancia de su enseñanza, de su adquisición, incluso, creemos que no es necesario insistir.

En los principios enunciados anteriormente, hemos indicado que toda lengua es una estructura en la que determinadas unidades funcionan originando un sistema de contrastes. Estas unidades se integran jerárquicamente unas en otras, en los diferentes niveles lingüísticos: el fonológico, el gramatical y el semántico. Una descripción de cualquier lengua tiene que dar cuenta de estos tres niveles para ser exhaustiva y, como es lógico, ninguno de ellos puede desdénarse en el momento de la enseñanza de la lengua materna, pues ninguno de ellos puede existir aislado.

Merece la pena detenernos, aunque sea brevemente en cada uno de ellos.

Hemos apuntado más arriba que el lenguaje es ante todo un fenómeno oral. Siempre se ha hablado más que se ha escrito y, hoy, la forma oral constituye el mayor porcentaje de los medios de comunicación. No es justo, por tanto, que a la expresión oral no se le dedique el tiempo necesario. Existen unos problemas de entonación, de dicción, de pausas, que requieren su enseñanza o su corrección, que no se aprenden espontáneamente, o se aprenden con una serie de defectos imposibles de corregir

más tarde. Hasta los once o doce años, según la psicolingüística, el niño está en condiciones óptimas de asimilar todo lo que se refiere al significante. A partir de la pubertad, esta facultad disminuye gradualmente con el paso de los años. La base oral tiene el suficiente peso específico en la comunicación como para prestarle toda nuestra atención, y el momento es precisamente el de la edad escolar. ¿Por qué en la expresión escrita se corrige tan cuidadosamente el rasgo vertical de la **t** y en pronunciación todo es bueno? Pero, si hay que corregir, ¿en función de qué modelo? Volveremos sobre ello más adelante.

El nivel gramatical es, a nuestro modo de ver, el más importante porque en él confluyen y se articulan todos los otros niveles de la lengua. La enseñanza en este nivel todavía sigue siendo en muchos casos bastante caótica. Es una enseñanza llena de reglas que circunscriben la libertad del alumno, con una terminología y unas clasificaciones incoherentes, que tanto hacen referencia a la forma, como a la función, como a la significación, y especialmente normativa.

¿Cuál es la mejor gramática? Todos los lingüistas contemporáneos—estructuralistas y generativistas—predican al unisono que la mejor gramática es la más exhaustiva, la más simple, la más general y la más sistemática posible. Lo difícil es estar de acuerdo en que todas estas condiciones las reúne la gramática **A** o la gramática **B**. Cada lingüista puede pensar que la doctrina que practica responde a esos principios que, por otra parte, son los ideales. Lo que sí puede decirse es que, desde los comienzos del estructuralismo, todas las teorías lingüísticas que se han sucedido hasta hoy han tenido como norte cumplir esos requisitos, quedándose en la práctica, también es verdad, a mayor o menor distancia del ideal preconizado.

Si importante, claro está, es la teoría lingüística que se aplique en la enseñanza, su bondad vendrá dada en definitiva por la forma de su aplicación en las largas singladuras del aprendizaje.

El profesor debe, además, en nuestra opinión, ser un tanto ecléctico y

(3) «L'apport de la linguistique a l'enseignement des langues». *Etudes de Linguistique appliquée*, 10, 1973, pág. 27.

aplicar en casos concretos las ventajas que puedan proporcionarle una u otra teoría lingüística: en un momento dado, se puede obtener beneficio de la teoría de los constituyentes inmediatos para ejercicios de expansión; en otro, realizar los ejercicios de sustitución que proporciona la tagmémica, o los ejercicios de transformación de la gramática generativa.

Pero, sobre todo, creemos que es fundamental el modo de llevar a cabo la enseñanza.

El objetivo de la enseñanza en la lengua materna, tanto del nivel gramatical como de los otros niveles, es el de su mejor conocimiento, desarrollo y comprensión.

Cuando el alumno llega a la escuela, habla su lengua, posee, más o menos desarrollados, unos mecanismos lingüísticos que le permiten comunicarse. El alumno sabe de la vivencia de su lengua que ha adquirido libremente, y se le hace cuesta arriba tener que someterla a unas reglas determinadas, cuya utilidad pone en tela de juicio. Por eso, es conveniente que sea el mismo alumno el que aporte los materiales necesarios para desarrollar, bajo la dirección del profesor, la lección adecuada. Es preciso que el alumno vaya adquiriendo las estructuras básicas de su lengua de un modo automático y no presentárselas como problemas que debe resolver. Por otro lado, según Pierre Delattre, saber una regla gramatical «no es poder formularla, sino ser capaz de aplicarla con un alto grado de automatismo» (4). Ambos, axiomas de la Lingüística aplicada.

Poco a poco y, como consecuencia del empleo de la lengua en la expresión oral y escrita, empleo en el que se ve obligado a utilizar procedimientos de selección que le inducen a manejar los elementos gramaticales de su lengua, se va introduciendo al niño en las nociones elementales de su gramática. Sólo a partir de aquí será progresiva su enseñanza y siempre como medio de enriquecer el conocimiento de su lengua.

Hemos hablado anteriormente de gramática normativa involucrándola con el estudio gramatical tradicional que era definido como «ars bene dicendi et bene scribendi». En realidad, ambos aspectos estaban íntimamente unidos y al gramático le correspondía decir lo que era la lengua y lo que debía ser. «Se justifica la conjunción de lo descriptivo y de lo normativo

por medio de diversos argumentos. De diferentes giros posibles, el giro correcto sería el que: a) concuerda mejor con las costumbres generales de la lengua (está condenado por la analogía), o b) es susceptible de una justificación «lógica», o c) tiene las raíces más profundas en la historia de la lengua («es necesario saber latín para hablar bien el francés») (5). Como es fácil imaginar, estos criterios de normativismo, tan vagos y subjetivos, no caben en el cuadro de una lingüística objetiva y descriptiva. Por eso, lo normativo se dejó a un lado (6). Sin embargo, para la valoración de determinadas actitudes en sociolingüística, para saber lo que es correcto o incorrecto en la enseñanza de la lengua, tanto de la materna como de la segunda, es necesario introducir una norma reguladora.

Hoy se intenta fijar esta norma o este conjunto de reglas prescriptivas de un modo totalmente objetivo, partiendo de la descripción de las estructuras lingüísticas de la lengua en cuestión y tomando como tales las que sean aceptadas por el uso o establecidas por los técnicos, siempre que reposen sobre un código lingüístico aceptado socialmente como bueno. A esta norma así establecida se podrán referir las cuestiones de corrección en todos los niveles de la lengua.

Si los aspectos fónico y gramatical han sido objeto de una sistemática en su investigación y lo están siendo en la enseñanza, no se puede dejar a un lado el nivel léxico-semántico. A nadie se le oculta, por otra parte, la importancia de lo que de una manera muy amplia, se denomina la adquisición del vocabulario. Pero el enriquecimiento de este nivel no debe efectuarse sólo como una mera acumulación de términos, sino que debe hacerse, en conjunción además con el nivel gramatical, a base de ejercicios en los que se estructuren campos léxicos y campos semánticos. La dificultad de la estructuración del léxico, por su mismo carácter de abierto, es evidente. No hay que pretender realizarlo sobre toda la lengua, pero sí siempre que la ocasión se presente, y como medio prioritario para la adquisición del vocabulario. Sólo a través de las relaciones de las unidades lingüísticas en cualquiera de sus niveles es posible hacer comprender al alumno la realidad de la estructura de su lengua, permitiéndole su posterior

desarrollo automático y dotándole, aunque éste no sea el objetivo, de ciertas facultades para un ejercicio mental riguroso, nada desdeñables.

Aún queda otro problema importante: el del medio socio-cultural y geográfico del alumno, que, si es importante para la enseñanza de los aspectos fónico y gramatical, es decisivo en el léxico-semántico por la variedad que cualquier lengua pueda presentar en él.

Como puede deducirse del rápido e incompleto panorama lingüístico que hemos pergeñado, al docente no le queda una tarea fácil que acometer. Hoy el profesor de la lengua materna debe tener una buena preparación teórica que abarque desde las doctrinas lingüísticas hasta la estructura de su propia lengua, pasando por las variedades dialectales o lingüísticas de las regiones en cuestión, y una vocación sin límites. Pero la enseñanza de la lengua no es competencia exclusiva del llamado «profesor de lengua»: todo profesor es profesor de su lengua, ya que a ella traduce, como antes dijimos, la lengua de su materia. Por ello, el conocimiento y el cuidado de la lengua materna no exime a ninguno. Si muchas veces se dice que un alumno no es capaz de resolver un problema porque no entiende el significado del enunciado a causa de su escaso conocimiento de la lengua, del mismo mal puede estar afectado el profesor al que no se le puede seguir en su explicación.

En la metodología de la enseñanza de la lengua materna es mucho lo que hay aún por hacer, casi todo: sólo existen loables esfuerzos individuales, intentos metodológicos aislados, pero nada realmente sistemático. Esta situación no es sólo propia de nuestro país, sino de todos, aunque en otros, justo es reconocerlo, se dé más énfasis al estudio de la lengua en los años decisivos de la adolescencia. A la tarea de crear una metodología de la enseñanza de la lengua materna, al nivel de las teorías lingüísticas hoy existentes, bien valdría la pena dedicar por entero un equipo de investigadores no sólo lingüistas, sino de otras materias.

(4) «La notion de structure et son utilité». *Le français dans le monde*, 41, 1966, pág. 10.

(5) O. Ducrot et T. Todorov: *Dictionnaire encyclopedique des sciences du langage*, París, 1972, págs. 162-163.

(6) El término *norma* utilizado por Hjelmslev y Coseriu tiene un sentido diferente.